

## Subalternidad, pos-decolonialidad y cultura popular: nuevas navegaciones en tiempos nacional-populares

**Pablo Alabarces**

Universidad de Buenos Aires - CONICET.

**Valeria Añón**

Universidad Nacional de La Plata-Universidad Nacional de Buenos Aires - CONICET

**RESUMEN:** ¿Qué vínculo existe entre subalternidad, estudios poscoloniales y opción decolonial? ¿En qué medida estas perspectivas pueden conducirnos a reflexionar en torno a la cultura popular? ¿Cómo impactan las recientes experiencias nacional-populares en Latinoamérica en nuestros estudios, así como sus retrocesos y crisis? ¿En qué medida es posible –y sensato– seguir hablando de “lo popular” hoy? Para volver sobre estas interrogantes, que planteamos por primera vez hace casi diez años, revisar nuestras hipótesis y volver a afirmar ciertas constantes es que proponemos una reflexión en torno a lo popular a partir de tres dimensiones de la subalternidad: la del conflicto y sus derivas; las aporías de sus metáforas; la inflexión de la colonialidad. Buscamos volver a afirmar lo popular como categoría de análisis que reivindica lo político, en su cruce con perspectivas contemporáneas innovadoras.

**PALABRAS CLAVE:** cultura popular, subalternidad, colonialidad.

**ABSTRACT:** Is there a connection between Subalternity Studies, Postcolonial Studies and Decolonial Option? Can these perspectives help us reflect on popular culture? Is it accurate and useful to continue talking about Latin American popular culture today? In order to begin answering these wide questions, we offer a reflection on subalternity and popular culture, organized in three complementary dimensions: subalternity and conflict; subalternity and metaphor; subalternity and coloniality. In this context, we strongly stand for the concept of “popular” as a way to better understand Latin American culture.

**KEY WORDS:** Popular Culture, Subalternity, Coloniality.

## Introducción

Hace diez años revisamos una Referencias acerca del concepto de *subalterno* (Alabarces y Añón, 2008). Experimentamos las dificultades de la lectura desde la periferia, en bibliotecas escasas y desactualizadas: aún eran tiempos en los que no todo estaba en Internet –aunque a veces, en el exceso, Internet pareciera Alejandría, sin serlo, mero exceso de la apariencia; y sigue sin estar todo, gracias al predominio de los intereses del mercado editorial académico por sobre el acceso libre–. Quisimos indagar en los vericuetos de los estudios subalternos latinoamericanos y en los paralelos, cruzados o contradictorios estudios poscoloniales/decoloniales. Eran tiempos en que estas Referenciass eran, no solo en el Río de la Plata, más sospechadas que leídas –aunque fueran, en algunos casos, concluidas: los estudios subalternos latinoamericanos tenían, en 2006, más de un lustro de clausurados–. Esas lecturas –sus dificultades– nos hablaban también de las relaciones entre la academia norteamericana, aunque latinoamericanista, y la latinoamericana nacida y criada: habíamos podido asistir, en algún congreso de Latin American Studies Association, a su despliegue generalmente narcisista y monológico.

Pero hubo también algunos hallazgos: la absoluta casualidad de encontrar un libro intitulado *Subalternidad y representación* en una librería en el preciso momento en que nos preguntábamos obcecadamente en torno a la representación de la subalternidad; la vieja atención que nuestra común formación graduada en Letras nos hacía prestarle a la trayectoria de Walter Mignolo; la edición española de los textos de Ranajit Guha en la misma editorial que había publicado a Edward P. Thompson –hay series que no pueden ser casualidades– con el infalible e ineludible título de *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*; una admiración común compartida por la obra de Edward Said, de quien comenzaba a editarse casi todo; algunas ayudas de Google en la búsqueda –no estaba todo en Internet–. Los hallazgos y la búsqueda ratificaban indicios que, no por repetidos, dejaban de irritarnos: por ejemplo, que cinco años antes de su edición española, de 2002, los textos de Guha hubieran sido compilados por Silvia Rivera Cusicanqui en La Paz, Bolivia, pero que ese libro jamás llegara a Buenos Aires. (Hoy, en cambio, Rivera Cusicanqui dicta conferencias para masas académicas en Buenos Aires y sus libros son editados por una editorial porteña directamente como *e-books* de acceso libre). O que mientras buscábamos los trabajos de Ariel Trigo en la web, su libro de 2012 se publicara en Chile sin llegar a Buenos Aires. Queremos decir: que esa búsqueda y que las que la siguieron sufrieron los desastres de la circulación de los textos académicos entre nuestros países –tanto como los costos en alza de los libros anglosajones y la pobreza de las políticas de compras de nuestras bibliotecas–.

Esos hallazgos y esas casualidades e irritaciones nos permitieron leer, periférica y fragmentariamente, esa Referencias y proponer algunas conclusiones provisorias de esa lectura. Discutíamos con perseverancia las relaciones entre *representación* –inevitablemente, nunca subalterna– y *subalternidad*, en dos contextos que entretejamos sin cesar: los estudios sobre los cronistas de Indias de los siglos XVI y XVII, y los debates sobre las culturas populares latinoamericanas desde las transiciones democráticas de los años ochenta del siglo pasado hasta nuestros días. Hoy queremos retomar esas conclusiones, *desconclusionarlas* y volverlas a abrir y discutir. Sobre el texto original, diez años después escribimos nuestro presente teórico.

## Tres versiones de la subalternidad

En los estudios sobre culturas urbanas contemporáneas, definir aquello que se entiende por *culturas populares* requiere una profunda revisión crítica. Si la categoría *popular* perdió capacidad descriptiva en los años 90 del siglo pasado –obturada por el *dictum* de García Canclini (“ni culto, ni popular ni masivo”)–, su reaparición sonora en los pliegues de lo que hemos llamado con enfática ironía, *neo-pos-populismos* en América Latina, exige esa discusión atenta y urgente.

Sí, como afirma Claudia Fonseca (2000), uno de los problemas que sufrieron los estudios sobre lo popular fue la crisis de las categorías con las que lo nombrábamos y analizábamos, un deslizamiento posible es indagar en las posibilidades que ofrece la categoría *subalterno*. En realidad, producto del impacto de la obra de Gramsci en los primeros estudios sobre las culturas populares (Alabarces et al., 2008), el término *subalterno* ya había sido utilizado, especialmente en las obras más deudoras del filón gramsciano: por ejemplo, los trabajos del antropólogo italiano Luigi Lombardi Satriani, editado en América Latina en los años 70 (Lombardi Satriani, 1975, 1978). No obstante, la progresiva desaparición de la categoría *popular* incluyó asimismo la flexión de la *subalternidad* en los trabajos latinoamericanos de los años 90, que en cualquier caso parecían incapaces de leer las “alteridades inscriptas en el juego de la estratificación social” (Fonseca, 2000: 109). Esa ausencia nos llevó a buscar su persistencia, que hallamos a comienzos del siglo XXI –con veinte años de retraso, producto de los problemas de circulación que describimos arriba– en las ediciones españolas de los trabajos del South Asian Subaltern Studies Group (SASSG) y las posibles relecturas e inflexiones producidas por el Latin American Subaltern Studies Group (LASSG).<sup>1</sup>

Partimos de la intuición de compartir ciertas preocupaciones en torno al poder, a la vinculación entre el intelectual y su objeto, a las relaciones de dominación y exclusión, a la subalternidad. Percibíamos también algunas afinidades teóricas y ciertas incomodidades ante los conceptos de *clase*, *cultura*, *experiencia* –por nombrar solo algunos–;

la situación del intelectual periférico frente la academia metropolitana era otro punto de encuentro. Buscamos entonces puntos de partida para re-pensar las culturas populares: puntos de partida que desplegamos aquí.

## Subalternidad y conflicto

### *Comienzos: Guha con Gramsci*

En ambos Subaltern Studies Groups (tanto surasiáticos como latinoamericanos), el principio constructivo es la centralidad de la noción de *subalternidad*, basada en las teorías de Gramsci y en el acercamiento que propone el historiador indio Ranajit Guha en sus primeros textos. Esta producción comienza a debatirse en los años setenta y se edita en los años ochenta, en los volúmenes intitulados *Subaltern Studies. Writings on South Asian History and Society*.<sup>2</sup> Queremos detenernos en su definición de subalterno porque, retomada por el LASSG en su *Manifiesto* de 1992, es la que nos ha resultado más productiva en los estudios sobre culturas populares contemporáneas:

La palabra *subalterno* tiene el significado que le da el *Concise Oxford Dictionary*, es decir, de “rango inferior”. Será utilizada en estas páginas como denominación del atributo general de subordinación en la sociedad surasiática, ya sea que esté expresado en términos de *clase, casta, edad, género, ocupación* o en cualquier otra forma (Guha, 1997b: 23).

Primero, una distinción teórico-metodológica: la referencia al *Concise Oxford Dictionary* pareciera valerse de la incomodidad de la ironía como figura retórica (superponiendo dos sentidos antitéticos en la denotación y en la connotación). Desde el comienzo entonces, Guha despliega una actividad decisiva: la lectura en reversa de la historiografía tradicional y del discurso sobre el subalterno. Esa actividad consiste en subvertir el sentido para usarlo de modo contrario al previsto, o bien desglosando e identificando la “prosa de la contrainsurgencia” (Guha, 2002). ¿Qué mejor ataque, entonces, que acudir a un diccionario –el diccionario en lo que atañe a la lengua inglesa, esto es, la lengua de la metrópolis y del imperio– con toda su carga enciclopedista y su concepción mensurable, cuantificable y calificable del mundo? Esta definición habilita un modo de lo letrado que se sirve de la tradición intelectual para construir un discurso histórico que, a contrapelo del discurso del poder, escuche las voces subalternas –luego veremos de qué manera, sobre qué sopores y en qué contexto– y configure un lugar para ellas.<sup>3</sup>

Desde esta posición, Guha delimita al *subalterno* como “de rango inferior”: sintagma que denota la desigualdad a partir de su breve composición. Resta delimitar el término opuesto en esta relación binaria, contraposición que exhibe la condición de posibilidad de lo subalterno en tanto solo definible con respecto a un otro. Por supuesto, esta es una preocupación de larga data en los Estudios Culturales, en especial en la Escuela de Birmingham, desde Richard Hoggart en adelante: la puntualiza-

ción del *nosotros* en relación con y en función de un *ellos* (Hoggart, 1987). Es también la forma en que Gramsci define a las clases subalternas, como aquellas dominadas en una relación de poder basada en la hegemonía. Si la alteridad es condición de posibilidad de toda identidad, en las clases subalternas esta condición se ve exasperada por la violencia de lo no subalterno entendido como hegemónico.

Consciente de estas inflexiones, en su nota final a “Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India”, Guha se detiene a analizar los sentidos del término *élite*, describiendo tres categorías: grupos dominantes extranjeros,<sup>4</sup> grupos dominantes nativos y élites que actúan a nivel nacional y regional.<sup>5</sup>

Así, Guha delinea un punto de partida fundamental: si las clases subalternas no son homogéneas ni clasificables con facilidad, tampoco lo son las élites, heterogéneas en su composición, mudables diacrónica y sincrónicamente, e incluso con respecto a su colocación espacial –lo que conduce a la necesidad de adoptar una perspectiva geopolítica–. Comprender esta complejidad en todo su espesor es imprescindible para comprender la dinámica de la subalternidad.<sup>6</sup> A partir de allí se vuelve ineludible recuperar la potencia teórica y explicativa de esta relación *élite-clases subalternas* entendidas como sinónimo de *pueblo*:

Los términos *pueblo* y *clases subalternas* han sido utilizados como sinónimos a lo largo de esta nota. Los grupos y elementos sociales incluidos en esta categoría representan la diferencia demográfica entre la población india total y todos aquellos que hemos descrito como *élite* (Guha, 1997b: 32).

En esta sinonimia, Guha sigue la definición gramsciana original: “el pueblo, es decir, el conjunto de las clases subalternas e instrumentales de todos los tipos de sociedad que han existido hasta ahora.” (Gramsci, 1972: 330). Sinonimia que es producto de una articulación (entendida como característica de lo subalterno y como condición de posibilidad de una acción política), que supone recuperar el conflicto y el enfrentamiento. Más importante aún, Guha enfatiza lo subalterno como “condición”: lejos de concepciones esencialistas, esta condición puede ser internalizada (en especial, por quienes la padecen) pero debería ser modificable o transformable.<sup>7</sup> Dicho “atributo general de subordinación” está situado (“la sociedad surasiática”) e incluye una multiplicidad de modos de subordinar: “clase, casta, edad, género, ocupación o cualquier otra forma”.<sup>8</sup>

A esto agrega Guha una torsión fundamental: la definición de lo subalterno en la lógica de la colonialidad y la poscolonialidad. El subalterno en la sociedad surasiática, tal como la define, es un sujeto inmerso en la lógica del saber y del poder colonial, es decir, en la colonialidad del saber y del poder (Guha, 1989; I. Rodríguez, 2001a). Como lo señala Mignolo en varios de sus trabajos,<sup>9</sup> esta

es una de las más importantes inflexiones de la noción de subalternidad e intersecta con aproximaciones teóricas surgidas en América Latina desde la década del setenta, al menos. Solo por colocar la tilde en la matriz colonial y la experiencia latinoamericana en ese sentido, implica llamar la atención hacia formas distintas de ejercer el poder; hacia diversas articulaciones entre las clases subalternas y las élites; hacia la peculiar relación de las élites locales con las élites extranjeras y con la metrópolis. En cualquier caso, Guha apela a una idea de colonialidad anclada en el Iluminismo, que tiene en cuenta las experiencias independentistas del siglo XIX en América Latina pero que piensa lo poscolonial (como no podía ser de otro modo) en su inflexión surasiática, en la segunda mitad del siglo XX. Esto será profusamente retomado y discutido en América Latina en las últimas dos décadas, como veremos hacia el final de este trabajo.

### Derivas: subalternismos latinoamericanos

En su “Manifiesto inaugural”, el LASSG retoma la definición mencionada, aunque con un particular anclaje en la realidad latinoamericana reciente.<sup>10</sup> El subalterno no es una sola cosa. Se trata, insistimos, de un sujeto mutante y migrante. Aun si concordamos básicamente con el concepto general de *subalterno* como masa de la población trabajadora y de los estratos intermedios, no podemos excluir a los sujetos “improductivos”, a riesgo de repetir el error del marxismo clásico respecto al modo en que se constituye la subjetividad social. Necesitamos acceder al vasto y siempre cambiante espectro de las masas: campesinos, proletarios, sector formal e informal, subempleados, vendedores ambulantes, gentes al margen de la economía del dinero, lumpen y ex lumpen de todo tipo, niños, desamparados, etcétera (s/a, 1998: 4).

Desde nuestra perspectiva, dicha aproximación coincide con una lectura que ya se estaba llevando a cabo en América Latina desde los estudios culturales y los estudios en comunicación, en los trabajos de Jesús Martín-Barbero en los años ochenta y, con anterioridad, en la fundación que realizaron los populistas argentinos a finales de los sesenta, por fuera del marxismo pero coqueteando con su versión gramsciana en clave nacional-popular.<sup>11</sup> Por supuesto que no se trata aquí de afirmar quién dijo primero qué cosa, sino de mostrar agendas similares y modos de acercamiento a “lo popular” o a “lo subalterno” que intentaban volver a colocar en el centro la pregunta por el poder, la hegemonía y las posibilidades de la democracia en América Latina, en relación crucial con sus clases populares. Eso es, precisamente, lo que está en la base de las búsquedas de los “subalternistas”: el rechazo a la institucionalización de los estudios culturales en la academia norteamericana y la búsqueda de respuestas frente a los fracasos políticos de los ochenta y los noventa en el continente.<sup>12</sup>

Asimismo, en estas consideraciones el LASSG anuda *subalternidad* y *nación* y sostiene que mira lo subalterno desde la *posmodernidad* –concepto problemático y poco aceptado en la intelectualidad latinoamericana que escribe desde América Latina–.<sup>13</sup> En ese marco, el grupo apunta sobre el concepto de *nación* (también problematizado por el SASSG) y sus dicotomías, al tiempo que agregan otras coordenadas, en concordancia con Guha: raza, género, lengua, etnia. Ingresa aquí, entonces, una manera –que se reivindica distinta– de pensar el territorio, tanto en la organización prehispánica y colonial como en los difusos límites de la actual América Latina y su configuración vinculada a las migraciones. Del mismo modo, el exasperado rechazo del Estado como actor de cualquier alianza contrahegemónica estaba minuciosamente fechado –recordemos: son escrituras en tiempos neoliberales en toda América Latina– y condujo a afirmaciones potentes metafóricamente pero estériles políticamente (Vidal, 2008). Como señala Beverley, en su libro más reciente:

El paradigma implícito en los estudios subalternos (y en la teoría social posmodernista en general) fue el de la separación del Estado y el subalterno. La intención fue reconocer y alentar tanto formas de resistencia previamente existentes como las nuevas y emergentes que no pasaran por narrativas históricas convencionales de formación del Estado ni por formas estatistas de ciudadanía y participación política y social (Beverley, 2011: 9).

La idea central –el subalterno como un exceso que no puede ser capturado por la máquina hegemónica– se volvía antes que nada una –pura– metáfora. Y llevó a parte del grupo a la perplejidad (a veces, al rechazo) cuando, en la primera década del siglo XXI, los nuevos regímenes nacional-populares de la llamada marea rosada volvieron a insistir, con éxito político y retórico, en la centralidad del Estado en la construcción de sociedades más equitativas.<sup>14</sup> Para el subalternismo residual, o al menos para una de sus ramas, el neo-pospopulismo latinoamericano del siglo XXI funcionó entonces como límite de esas metáforas.

### Subalternidad y metáfora

En 2001 –paradójicamente, luego de la disolución formal del LASSG–, Ileana Rodríguez organizó el volumen más importante producido por los participantes del Grupo, *Convergencia de tiempos*. En su Introducción, la definición de *subalterno* es revisada; “el término *subalterno* se presenta como múltiplemente articulado” (I. Rodríguez, 2001a: 6). En la línea propuesta por Homi Bhabha (2002), *subalterno* es definido como metáfora que señala un límite, una frontera, lo marginal; aquello irreductible a la representación:

[...] de una o varias negaciones, límite o tope de un conocimiento identificado como occidental, dominante y hegemónico, aquello de lo que la razón ilustrada no puede dar cuenta. Por otra parte, *subalterno* es una posición social que cobra cuerpo y carne en los oprimidos (I. Rodríguez, 2001a: 8).

Sin embargo, si esta metáfora interpela al intelectual con respecto a su responsabilidad social –y a su complicidad, abierta o solapada, con el poder–, en verdad dice poco sobre el subalterno mismo. Mientras se le defina en tanto “sujeto evanescente que se escabulle en cuanto se quiere apresar en una representación [y es] por tanto, un aparato heurístico que sirve para mostrar las aporías del pensamiento hegemónico” (I. Rodríguez, 2001a: 17), esta aproximación será insuficiente ya que falla al intentar producir conocimiento, e incluso lo niega como posibilidad. En el contexto retórico subalternista, el término *subalterno* termina nombrando al sujeto por su carencia, fijándolo en una alteridad irreductible, que escapa a cualquier tipo de análisis sin dejar de estar condenado a la dominación o a la resistencia. Si lo *popular* nombra en América Latina, y, de manera radical, a aquello que se coloca fuera de lo visible, de lo decible y de lo enunciable, aquello que, cuando se vuelve representación, no puede administrar los modos en que se le enuncia, de ningún modo esto nos condena a la metacrítica como única posibilidad. Ambos planos son complementarios: es preciso tanto dar cuenta de la dificultad de representar lo subalterno como producir conocimiento sobre la cultura impuesta a las clases populares (Ginzburg, 1981) y sobre la cultura de las clases subalternas. Esto no implica que olvidemos las contradicciones y aporías de la representación: desde hace años venimos afirmando que el ineludible gesto de violencia letrada (sobre lo popular) dificulta la producción de conocimiento pero no la vuelve obsoleta ni imposible.

Este punto exige una torsión teórico-metodológica, que permite articular ambas nociones de la subalternidad: la que nos llega vía Gramsci-Guha con la flexión que proponían los subalternistas latinoamericanos. En el centro de este cruce es productivo volver sobre las lúcidas observaciones de Edward Said, con las que, por el contrario, los subalternistas latinoamericanos mostraron mayores distancias. Nos interesa en particular porque su lectura crítica y su apuesta metodológica recuperan una tradición que no rechaza lo occidental sino que lo incluye junto con otros archivos, en constante articulación con la concepción del intelectual como sujeto “fuera de lugar” (Said, 2001). Esta extemporaneidad, esta territorialidad desplazada, funciona como metáfora y condición de posibilidad de la producción de conocimiento: capitalizar o producir una distancia que permita leer al objeto más allá de significados obvios o de usos canónicos. Contra las perspectivas binarias con que la razón ilustrada ha concebido lo diferente (entendido como subalterno, popular o colonial), Said aboga por un acercamiento al otro a partir del conocimiento de la cultura otra, en una lógica que

propone una compleja articulación entre lo simbólico y lo social. Esto exige, por parte del intelectual, “imaginación histórica”, “imaginación poética” (Said, 2000a) y “un profundo espíritu humanista desplegado con generosidad y [con] hospitalidad” (Said, 2000b: 208).

Esta es la perspectiva que creemos preciso retomar para proponer en consecuencia un análisis plural que se pregunte tanto por la representación como por lo subalterno. Sin caer en la tentación del empirismo metodológico, que sustancializa al informante nativo olvidando el dato de las mediaciones, de las voces que atraviesan la oralidad subalterna; pero sin dejar de escuchar como Ranajit Guha lo propone: inclinándonos hacia el otro, en un gesto que reconoce la alteridad y evita convertirla en hegemónica imposibilidad o en retórica vacía.<sup>15</sup>

Ahora bien, ¿es suficiente afirmar que los estudios subalternistas o poscoloniales (o al menos algunos de sus exponentes) corren el riesgo de asfixiarse en su propia retórica hasta producir un gesto vacío? No, pues la contra-argumentación implicaría que una dosis “menor” de deconstrucción permitiría retomar la “buena senda” y unir teoría, propuestas metodológicas, análisis textuales y trabajo de campo. Nuestra principal objeción radica en que las aproximaciones que extreman lo retórico y lo deconstructivo como única vía se muestran poco útiles para entender lo subalterno, habida cuenta de que no se busca hablar por –en lugar de– el subalterno y de que, por tanto, resultan poco útiles para identificar tanto resistencias como complicidades. En suma, terminan incurriendo en aquello que Ginzburg señala (no con toda justicia) con respecto a Foucault: preocupándose más por el gesto de la violencia y de la exclusión que por los excluidos. Asimismo, basadas en una lectura densa de la obra de Derrida (aunque sin hacer apología de la episteme o del archivo occidental, tal como muestra la misma Gayatri Spivak en sus trabajos),<sup>16</sup> pierden de vista algunos puntos en los que la filosofía derrideana resulta débil o, en su defecto, poco adecuada a las realidades coloniales y poscoloniales en general, y a la colonialidad latinoamericana en particular.<sup>17</sup>

En este marco, si retomamos el concepto de lo *popular* –y la tradición que implica en los estudios latinoamericanos– veremos allí un modo de mirar lo subalterno que no admite la exasperación retórica, en la medida en que esta significaría una reposición de la violencia letrada sobre el otro y una vuelta del letrado sobre sí mismo. Por eso, creemos que, dentro de los Estudios de la Subalternidad, es la perspectiva de Guha la que repone con mayor productividad la dominación, el enfrentamiento, el conflicto ineludible en “lo subalterno”, que la categoría de lo *popular* busca también instalar.

### Subalternidad y colonialidad

En este punto es preciso reparar en una tercera definición de lo subalterno, a la que ya hemos aludido parcial-

mente: aquella que retoma la reflexión sobre la colonialidad anclada en la experiencia latinoamericana. Uno de sus principales exponentes es Walter Dussel, quien vuelve sobre los aportes de Aníbal Quijano, Enrique Dussel e Immanuel Wallerstein –entre otros– y vincula reflexiones poscoloniales, estudios sobre la subalternidad, crítica a la modernidad y experiencia colonial latinoamericana. Para Walter Dussel, “la idea de la *subalternidad* no es simplemente una cuestión de dominación de unos grupos sociales por otros, tiene repercusión global más amplia, en el sistema interestatal analizado por Guha y Quijano” (I. Rodríguez, 2001a: 179). De hecho, esta perspectiva acerca de la colonialidad del poder (en una línea diacrónica que se extiende desde el siglo XVI) ha sido dejada de lado por la mayoría de las miradas poscoloniales asiáticas y africanas y por los análisis de cuño marxista, incluso en sus propuestas más interesantes –es decir, en su vertiente gramsciana–.

Por supuesto, las diferencias con la poscolonialidad latinoamericana son complejas y profundas; baste decir que presentan distintas experiencias de la colonialidad y aluden a una aparente distancia entre los procesos de colonización y descolonización. Esta tesis, pensada desde América Latina, plantea, en cambio, los movimientos independentistas y la conformación de los Estados-nación como un nuevo momento de la colonialidad, posibilitado por la experiencia colonial anterior, e indica la persistencia, aún hoy, de una matriz colonial, que no obstante es una de las zonas más difíciles de reconocer en nuestra academia, al menos en el Cono Sur. Si este olvido de la colonialidad (Añón, 2014) es un síntoma claro de la feroz persistencia de la matriz colonial a la que es funcional, los estudios de la subalternidad primero y, más adelante –aunque no sin ciertas reservas– la llamada *opción decolonial* (Palermo, 2010) tienen el mérito de preguntarse con insistencia sobre esta dimensión del poder, la negociación y la resistencia, que sistemáticamente se ha obliterado.

Esta línea reconoce una serie de nombres fundadores en América latina, entre los cuales se encuentra el de Enrique Dussel. En su crítica al etnocentrismo y a una perspectiva limitada y simplista de la historia, Dussel señala algo crucial: el rol fundamental –siempre opacado– del “Nuevo Mundo” en la constitución de la modernidad, entendida esta además como fenómeno europeo “constituido en una relación dialéctica con una alteridad no-europea que es su contenido” (2001: 57). La conformación del poder, la constitución del capitalismo, incluso la razón ilustrada, fueron posibles en virtud de la inclusión del Nuevo Mundo en el imaginario europeo moderno. América Latina sería “la otra cara (teixtli en azteca), la alteridad esencial de la Modernidad” (2001: 68). Por eso la experiencia latinoamericana de sojuzgamiento pero también de rebelión, resistencia y mezcla, tiene mucho que aportar en el debate de la poscolonialidad y en la definición de *lo subalterno* como categoría de análisis siem-

pre relacional, históricamente marcada. Esta perspectiva exhibe modos de configuración del poder que atraviesan incluso la actual conformación de las sociedades en la globalización.

Desde esta inflexión entonces la subalternidad, entendida en el marco de la colonialidad y la poscolonialidad, es una dimensión útil en la medida en que vincula historias locales y diseños de poder globales (Dussel, 2003), delineando así la colonialidad como contracara de la modernidad. Por eso, sin desestimar las críticas en torno a la poscolonialidad (mal) trasplantada hacia América Latina, Dussel propone una aproximación con la cual nuestro trabajo coincide: “recuperar las especificidades históricas continentales; reconocer el trabajo de los latinoamericanos en referencia a la colonialidad del poder y poner en escena un nuevo modo de pensar la modernidad” (Dussel, 2001). Aludiendo a las críticas derrideanas hacia la epistemología occidental, apunta la necesidad de un cambio de paradigma que incorpore la noción de “sistema-mundo” (Wallerstein, 2001), incluyendo lo espacial, más allá de la temporalidad lineal vinculada a la Ilustración.

En el campo latinoamericano, estas aproximaciones fueron objeto de enconados y fructíferos debates. Importantes colonialistas que trabajan en la academia norteamericana realizaron aportes críticos a esta perspectiva en particular y a la mirada del Latin American Subaltern Studies en general. Jorge Klor de Alva y Rolena Adorno llamaron la atención sobre la importación sin más de teorías relacionadas con los legados culturales de las ex colonias británicas pero que no piensan la especificidad de las ex colonias ibéricas o sobre el olvido del pensamiento latinoamericano y su tradición autorreflexiva. Otros, como Nelly Richard o Hugo Achúgar, criticaron el uso hegemónico de instrumentos teóricos como el post estructuralismo y la deconstrucción para examinar el pasado de las ex colonias europeas.<sup>18</sup> A esto podríamos sumar otras críticas que surgen de nuestra lectura de múltiples textos de miembros del Latin American Subaltern Studies Group: la incidencia de “lo latino” vinculado a la experiencia norteamericana; la idea de una “nación” latinoamericana dentro de las fronteras estadounidenses. Se percibe incluso cierta mirada homogeneizadora sobre lo latino, que comete el mismo error que pretende subsanar, dando por sentada la idea de América Latina –aun con sus fronteras difusas–, y unificando lo latinoamericano bajo una identidad y una historia común difícilmente afirmables.

Más allá de críticas y diferencias, entendemos que hablar de colonialidad y de poscolonialidad es mucho más que buscar nuevas metodologías o proponer autocríticas. En verdad, reformula el modo de concebir el pasado en relación con el presente; lo popular en su relación con la élite, el clivaje entre Edad Media y Renacimiento que los estudios sobre cultura popular afirman, en la medida en que solo son capaces de concebir un modo sesgado de

la modernidad (y del capitalismo). Impugna también un modo de conocimiento y de explicación del mundo (de ser en el mundo) que nos atraviesa. Si es cierto que “negar que escribimos como gente cuya conciencia ha sido formada como sujetos coloniales significa negar nuestra propia historia (Das, 1989)”, un énfasis sobre lo colonial excede el planteo de nuevas agendas y de diálogos Sur-Sur (si bien los implica): exige una mirada crítica sobre nuestra labor intelectual que nuestras propias prácticas parecen no poder sostener. En ese sentido, la debilidad del debate contemporáneo en nuestro contexto inmediato –el campo de los estudios sobre comunicación y culturas populares en la Argentina– es una señal indiscutible: la cuestión de la colonialidad continúa siendo resistida y relegada a un supuesto pasado extemporáneo, y lo disciplinar repone, desde su perspectiva siempre eurocéntrica, la idea de “corte” en el siglo XIX que, en cualquier caso, se muestra estéril para dar cuenta de los nuevos sujetos subalternos que ocupan el centro de la escena mediática para dejar de serlo: el ejemplo de los sucesivos acampes de la comunidad indígena QOM en la Argentina, en 2010 y 2015 respectivamente, es paradigmático en ese sentido (Añón, 2014).

No obstante, también es importante referir la que creemos es la principal falencia de este enfoque: la propuesta de una especie de “acción afirmativa” que esencializa el pensamiento latinoamericano, le quita densidad y funciona como contracara de la mirada prejuiciosa que pretende desenmascarar. En efecto, Mignolo, entre otros, sostiene la necesidad de una “epistemología fronteriza, pos occidental” (2003: 19) y de una desobediente epistémica (2010) y propone construir un “paradigma otro” (Ídem) en la producción de conocimiento. Queda claro que hablar de colonialidad en este sentido implica horadar el proyecto moderno e involucra preguntarse acerca de la propia práctica al punto que esta implique un desplazamiento del archivo sobre el cual hemos venido produciendo conocimiento.

Hasta aquí, la propuesta resulta válida; no obstante, solo es posible atenderla con seriedad si evitamos caracterizar al “pensamiento alternativo” como si fuera la fuente única, fundamental, de conocimiento, valioso *per se* en función de la dominación y del silencio al que fuera sometido –dirección a la que la opción decolonial parece estar tendiendo peligrosamente en el último lustro–. En cambio, lo que proponemos en nuestro trabajo es atender a estas formas de concepción de la desigualdad, la dominación y la subalternidad pero para darle un tratamiento de igualdad –a las representaciones tanto como a los sujetos– que permita evaluar las condiciones, la operabilidad, los verdaderos resultados esperables de este “paradigma otro”. La pregunta polémica debe ser: ¿tiene este paradigma peso propio para pensar el mundo hoy (y su pasado)? En ese sentido, ¿es más efectivo, más útil, más sólido que el paradigma moderno?, ¿el triunfo de este último se debe solamente a la relación de domi-

nación modernidad/colonialidad (y al olvido sistemático, y al ocultamiento de dicha dominación) o hay algo intrínseco a esos textos, a ese modo de pensamiento, que los vuelve pregnantes aún hoy?

Nuestra práctica crítica y nuestra producción teórica deben reponer la colonialidad del poder y atreverse a producir un tipo de conocimiento que cruce varias cosmologías, que reconozca la dominación sin limitarse a señalarla, que recupere el lugar de la experiencia latinoamericana en la medida en que esta es condición *sine qua non* para comprender la construcción del mundo contemporáneo. En más de un sentido, restituir estas textualidades al corpus del pensamiento latinoamericano e interrogarlas desde la contemporaneidad implica establecer un diálogo donde el “otro” pueda alzar su voz y constituye una apuesta intelectual para el presente.

### Conclusiones: lo popular como subalternidad

Señalamos ya que lo popular sufre múltiples violencias: la traducción, la edición, el recorte, la interpolación, el lugar de enunciación individual, otros modos de la memoria y de la representación, la escritura, entre otras. Nuestras posiciones y las de los subalternistas comparten un problema de nominación que pone en escena una toma de posición política desde lo teórico –recuperando el rol crucial de lo simbólico para pensar las relaciones de poder–, así como participan de la idea de cierto margen o recodo en la noción de *subalternidad*.

Ahora bien, en términos retóricos pero también teóricos (y, en especial, políticos), nos preguntamos: ¿es suficiente pluralizar estos conceptos o entrecomillarlos? ¿Alcanza con explicitar la violencia de la palabra letrada sobre el subalterno al que se refiere y, lo que es más arduo aún, al que intenta delimitar por medio del lenguaje? La respuesta es –debe ser– negativa. Estos recursos constituyen, en verdad, apenas un primer paso hacia una definición sujeta a correcciones y revisiones. De otro modo, todo análisis se limitaría a la enunciación de una imposibilidad, reviviendo el gesto violento del poder (en este caso, el “poder decir”, anclado en un “saber decir”, siempre en acelerado cambio de acuerdo con las agendas metropolitanas), que obliga a lo subalterno a ser “aquello que se escapa”, lo “indefinible”, lo irreductible al lenguaje, lo “evanescente”. En otros términos, aquello que está fuera del discurso pero que debe llevar a cabo los gestos de resistencia, lucha y confrontación que el intelectual no necesariamente realiza. Como señala críticamente Hernán Vidal:

[...] en este tipo de ensayo es a veces difícil discernir si se discuten objetividades captadas en el dato empírico de la historia o se expresan deseos y esperanzas sustentadas solamente por un acopio de teoría social (2008: 42).

El pos-subalternismo norteamericano, en cambio, propone otra salida de la pregunta. Beverley (2011) la afirma como dicotomía política: por un lado, permanece Spivak y la articulación antiestatista de los estudios subalternos, según la cual:

[...] el subalterno es un “espacio” o “hábitat” que está afuera de la articulación nacionalista del estado poscolonial y de la esfera de la lucha política o sindical –es decir, fuera de (o bajo) la hegemonía–. El subalterno no puede hablar. La tarea del intelectual crítico es representar, o “leer”, para usar los términos de Spivak, este dilema constitutivo, y prestar la propia solidaridad en lo que es esencialmente un gesto ético (Beverley, 2011: 119).

Frente a esta postura, donde se reconoce el subalternismo original (y a la que prefiere llamar *ultraizquierdismo*), Beverley opone al intelectual y vicepresidente boliviano Álvaro García Linera, para quien las demandas de los sectores populares los llevan a transformar radicalmente la forma dominante del Estado, a través de lo electoral o de la insurrección. Así, concluye Beverley, “el subalterno no solo puede hablar, sino que debería poder gobernar, y su forma de hacerlo será un ‘buen gobierno’” (2011: 120). De ese modo, treinta años de debate se reducen al alineamiento neo-populista.

Para nosotros, en cambio, y en la misma dirección que planteamos hace casi diez años, la relación entre lo popular y lo subalterno solo puede resolverse hacia una definición de lo popular entendido como subalterno. Una definición que enfatice el plural pero que no se tranquilice en él; que incluya siempre el conflicto, el poder, la desigualdad, sin naturalizarlos ni cristalizar a los sujetos en ellos; que incorpore a la noción de popular las múltiples articulaciones jerárquicas que permite la noción de subalternidad; que reflexione de modo constante sobre el lugar del intelectual sin enmudecer; que, a contrapelo de expectativas y deseos populistas, pueda ver la reproducción de la dominación articulada en los implacables mecanismos de los medios de comunicación; y que, a contrapelo de expectativas y deseos legitimistas o reproductivistas, agudice el entrenamiento para leer allí mismo pliegues, fisuras, intersticios, tráfico. Una definición que incluya la perspectiva de género en toda su complejidad y que, recuperando la tradición ensayística latinoamericana, pueda leer también la cuestión de la colonialidad, estableciendo nuevas redes en el continente, en el contexto de las más amplias coordenadas Sur-Sur. Se trata, por supuesto, de construir nuevas aproximaciones teóricas y metodológicas hacia las culturas populares; también se trata –y aquí volvemos a encontrarnos con el LASSG– de “construir nuevas relaciones entre nosotros y aquellos seres humanos que tomamos como objeto de estudio” (s/a, 1998: 10).

Por cierto, esta recuperación no pretende ser una suerte de reconciliación forzada e imposible, sino un efecto de nuestro extenso trabajo de investigación, de producción empírica y de consecuente y constante re-

flexión teórica. Practicantes de los métodos del análisis discursivo y a la vez de la lectura de datos sociológicos y de una etnografía crítica, pretendemos haber escapado al riesgo del giro lingüístico y, si bien acompañamos la observación de Ileana Rodríguez, que afirmaba que

[...] el subalternismo me posibilitó la reconciliación conmigo misma. Me dio permiso de cruzar textos, dominios y géneros. Me colocó dentro del fascinante terreno de las zonas liminares del discurso (2002: 75).

Entendemos que esa operación la realiza la práctica del/a investigador/a. La posibilidad de evitar los límites, de transitar lo liminar, está en una acción que sea de búsqueda a la vez investigativa, epistémica y política.

## Referencias

- Achúgar, Hugo, (1998). “Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento”, en Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (eds.), *Teorías sin disciplina*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- Alabarces, Pablo, (2002). “Estudios culturales”, en Altamirano, Carlos (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, pp. 85-89.
- , (2012). “Transcultururas Pospopulares. El retorno de las culturas populares en las ciencias sociales latinoamericanas”. En *Cultura y Representaciones Sociales*, 7.13 (2012): 7-38.
- , (2015). “Textos populares y prácticas plebeyas: ‘Aguante’, cumbia y política en la cultura popular argentina contemporánea”, en *Alter/nativas*, vol. 4, Spring 2015: 1-28.
- Alabarces, Pablo et al., (2008). “Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina”. En Alabarces, Pablo y María Graciela Rodríguez (eds.), *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós.
- Alabarces, Pablo y Valeria Añón, (2008). “¿Popular(es) o subalterno(s)? De la retórica a la pregunta por el poder”. *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós.
- Añón, Valeria, (2014). “Para decir al otro: pensamiento decolonial y capitalismo”, Ponencia en el Tepoztlan Institute for the Transnational History of the Americas, Tepoztlan, México.
- Beverley, John, (2004) [1999]. *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural*, traducción de Marlene Beiza y Sergio Villalobos, Madrid, Iberoamericana/Vervuert.
- , (2011). *Latinamericanism after 9/11*, Durham [NC]: Duke University Press.
- Bhabha, Homi, (2002) [1994]. *El lugar de la cultura*, traducción de César Aira, Buenos Aires, Manantial.

- Das, Veena, (1989). "Subaltern as Perspective", en *Subaltern Studies VI*, citado en Mignolo, Walter D. (2003) [2000], *Historias locales, diseños locales*, traducción de Juan María Moraña, Madariaga y Cristina Vega Solís, Madrid, Akal, p. 245.
- Derrida, Jacques, (1989) [1967]. *La escritura y la diferencia*, traducción de Patricio Panalver, Barcelona, Anthropos.
- Dussel, Enrique, (2001). "Eurocentrismo y modernidad. Introducción a las lecturas de Frankfurt", en Walter Mignolo (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento*, Buenos Aires, Ediciones del Signo-Duke University Press, pp. 57-70.
- Fonseca, Claudia, (2000). *Familia, fofoca e honra. Etnografía de relações de gênero e violência em grupos populares*. Puerto Alegre: Editora da UFRGS.
- Ginzburg, Carlo, (1981) [1978]. *El queso y los gusanos*, traducción de Francisco Martín, Barcelona, Muchnik.
- Gramsci, Antonio, (1972). "Observaciones sobre el folklore", en *Cultura y Literatura*, selección de Jordi Solé-Tura, Barcelona, Península.
- Guha, Ranajit, (1989). "Dominance Without Hegemony and It's Historiography", en *Subaltern Studies VI*, Nueva Delhi, Oxford University Press, pp. 210-309.
- , (1995) "Chandra's Death", en *Subaltern Studies V*, Nueva Delhi, Oxford University Press, pp. 135-165.
- , (1997) [1983]. "Prefacio a los Estudios de la Subalternidad", en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, *Debates poscoloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, traducción de Raquel Gutiérrez, Alison Spedding, Ana Rebeca Prada y Silvia Rivera Cusicanqui, La Paz, Sefhis/Aruwiyri, pp. 23-24.
- , (1997) [1983]. "Sobre algunos aspectos de la historiografía de la India colonial", en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, *Debates poscoloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, traducción de Raquel Gutiérrez, Alison Spedding, Ana Rebeca Prada y Silvia Rivera Cusicanqui, La Paz, Sefhis/Aruwiyri, pp. 25-31.
- , (2002) [1995], "La prosa de la contrainsurgencia", en *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, traducción de Gloria Cano, Barcelona, Crítica.
- Hall, Stuart, (1984). "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en Samuels, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, traducción de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, pp. 93-110.
- Hoggart, Richard, (1987) [1959]. *La cultura obrera en la sociedad de masas*, traducción de Bertha Ruiz de la Concha, Barcelona, Grijalbo.
- Lombardi Satriani, Luigi, (1975). *Antropología cultural. Análisis de la cultura subalterna*, Buenos Aires, Galerna.
- Lombardi Satriani, Luigi, (1978). *Apropiación y destrucción de la cultura de las clases subalternas*, Méx., Nueva Imagen.
- Mallon, Florencia, (2001) [1995]. "Promesa y dilema de los Estudios Subalternos", en Rodríguez, Ileana (ed.), (2001)a, *Convergencia de tiempos*, Ámsterdam, Atlanta AG, pp. 117-154.
- Martín Barbero, Jesús, (1987). *De los medios a las mediaciones*. Comunicación, cultura y hegemonía, Barcelona, Gustavo Gili.
- Mignolo, Walter D., (1995). "Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías poscoloniales", en *Revista Iberoamericana*, 61, 170-171, pp. 26-39.
- , (1998). "Posoccidentalismo: el argumento desde América Latina", en Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta, op. cit.
- , (2001). "Colonialidad del poder y subalternidad", en Rodríguez, Ileana (ed.), (2001)a, *Convergencia de tiempos*, Ámsterdam, Atlanta AG, pp. 155-183.
- , (2003) [2000], *Historias locales, diseños locales*, traducción de Juan María Moraña, Madariaga y Cristina Vega Solís, Madrid, Akal.
- , (2010). *Desobediencia epistémica y pensamiento fronterizo*, Buenos Aires, Ediciones del Signo.
- Moraña, Mabel, (1998). "El Boom del subalterno", en Castro-Gómez, Santiago y Mendieta, Eduardo (eds.), *Teorías sin disciplina*, op. cit.
- , (2001) *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina*, Chile, Editorial Cuarto Propio.
- Quijano, Aníbal, (2001). "Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina", en Walter Mignolo (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento*, op. cit., pp. 117-131.
- Richard, Nelly, (1996). "Signos culturales y mediaciones académicas", en González Stephan, Beatriz, González Stephan, Beatriz (ed.), *Cultura y Tercer Mundo*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 1-22.
- Richard, Nelly (1998), "Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo. Discurso académico y crítica cultural", en Castro-Gómez, Santiago y Mendieta, Eduardo (eds.), *Teorías sin disciplina*, op.cit.
- Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (eds.), (1997) *Debates poscoloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, op. cit.
- Rodríguez, Ileana, (2002). "El grupo latinoamericano de estudios subalternos", entrevista en *Revista de Crítica Cultural*, n° 24, Santiago de Chile, junio 2002, pp. 72-77.
- , (2001a). *Convergencia de tiempos*, Ámsterdam, Atlanta AG.
- , (2001b). *The Latin American Subaltern Studies Reader*, Estados Unidos, Duke University Press.
- s/a, (1998). "Manifiesto del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos" [1992], en Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (eds.), *Teorías sin disciplina*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- Said, Edward, (2000). "History, Literature and Geography", en *Reflections on Exile and Other Essays*, Cambridge, Harvard University Press, pp. 453-473.
- , (2001) [1999], *Fuera de lugar*, trad. Xavier Calvo, Barcelona, Grijalbo.
- Spivak, Gayatri, (1988). "Can the Subaltern Speak?", en Nelson, Cary y Lawrence Grossberg, *Marxism and the*

- Interpretation of Culture*, Urbana & Chicago, University Press, pp. 271-313.
- , (1988). In *Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Londres, Routledge.
- Thompson, Edward P., (1995) [1990]. *Costumbres en común*, traducción de Jordi Beltrán y Eva Rodríguez, Barcelona, Crítica.
- Trigo, Abril, (2012). *Crisis y transfiguración de los estudios culturales latinoamericanos*, Santiago, Cuarto Propio.
- Vidal, Hernán, (2008). *Treinta años de estudios literarios/culturales latinoamericanistas en Estados Unidos: memorias, testimonios, reflexiones críticas*, Pittsburgh, PA. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh.
- Wallerstein, Immanuel, (2001). "El eurocentrismo y sus avatares: los dilemas de la ciencia social", en Walter Mignolo (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento*, op. cit., pp. 96-115.
- Williams, Gareth, (2008). "La deconstrucción y los estudios subalternos, o una llave de tuerca en la línea de montaje latinoamericanista". En Vidal, Hernán (ed.) *Treinta años de estudios literarios/culturales latinoamericanistas en Estados Unidos: memorias, testimonios, reflexiones críticas*, Pittsburgh, PA. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh.

## Notas

- 1 Asentamos aquí los nombres originales para aludir, de modo somero, a la relación colonial inscrita en la lengua. Ambos grupos se denominan a sí mismos usando la lengua inglesa y en ella producen sus escritos (aunque el caso del LASSG pueda ser matizado: todos sus miembros dominan el castellano, varios publican en ambas lenguas). Si bien esto alude a una tradición académica y a ciertas necesidades de comunicación de las teorías, también lleva inscrita la huella de la colonialidad y la subalternización del conocimiento (subalternización doble en América Latina en la medida en que el castellano fue, en sus inicios, la lengua del conquistador). Para una lectura crítica de estos problemas (y muchos otros), véase Moraña (2001), Mignolo (2003), Trigo (2012).
- 2 En esta explicación, seguimos a Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, quienes trazan el derrotero del grupo de Estudios de la Subalternidad en la introducción al volumen *Debates poscoloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad* (1997). Allí delimitan el núcleo original de historiadores (Ranjit Guha, Partha Chatterjee, Gyanendra Pandey, David Hardiman, David Arnold, Dipesh Chakrabarty, Gautam Barda y Shahid Amid) y agregan que "la corriente de Estudios de la Subalternidad que inaugura la labor del grupo se inscribe en una rica y erudita tradición académica india, asentada en centros universitarios de gran prestigio y relacionada con los mayores focos intelectuales de Europa. La experiencia de la diáspora y el paso más o menos prolongado por las instituciones académicas del Norte, no dejan de imprimir su sello en el estilo, problemática y temas de discusión del grupo" (1997: 11). En esta línea, adscribimos al nombre "Estudios de la Subalternidad" y no "Estudios Subalternos", anglicismo que podría ser leído en términos de una colocación subalterna de dichos estudios. Como ya afirmamos (Alabarces et al., 2008), los estudios sobre culturas populares en la Argentina sufrieron ese doble juego del término: estudios subalternos -subalternizados- sobre lo subalterno.
- 3 De hecho, la edición española de los escritos de Guha fue titulada, entendemos que con fortuna, *Las voces de la historia*. Fortuna que definió, además, nuestro encuentro.
- 4 "Todas las personas de origen no indio, es decir, principalmente funcionarios británicos del estado colonial, tanto como industriales, comerciantes, financistas, dueños de plantaciones, terratenientes y misioneros extranjeros" (Guha, 1997b: 32-33).
- 5 "Algunas de estas clases y grupos, como ser la aristocracia rural más baja, los hacendados empobrecidos, los campesinos ricos y los campesinos medios, que figurarían 'naturalmente' como parte del 'pueblo' o de los 'subalternos', podían, bajo ciertas circunstancias, actuar para la 'élite', como se la definió anteriormente, y ser así clasificados a partir de esta en algunas situaciones locales y regionales, ambigüedad que le toca aclarar al historiador con base en una lectura detallada y sensata de la evidencia". Estos últimos, "aunque jerárquicamente inferiores, actuaban a partir de los intereses de dichos grupos y no conforme a los intereses verdaderamente correspondientes a su propio ser social" (Guha, 1997b: 32-33).
- 6 Es preciso tener en cuenta, sin embargo, las distintas críticas que se le han hecho a esta definición tripartita de élite (Spivak, 1988b; Beverley, 2004). Todas ellas apuntan hacia la tercera categoría, "la élite regional o local" que, en su variabilidad, puede mudar hacia los intereses de la élite o de los subalternos. En otra línea, Beverley vincula esta categoría a la noción de "pequeña burguesía" del marxismo clásico (Beverley, 2004: 127-162).
- 7 Arribamos entonces a lo que esta primera definición se propone y a lo que trabajos historiográficos posteriores amplían en las décadas del ochenta y noventa. Esto es lo que hace Guha, por ejemplo, en "La prosa de la contrainsurgencia" (2002) y, en especial, en "Chantra's Death" (1995), por nombrar solo los más conocidos.
- 8 Resulta claro que la noción de "clase" retoma la categoría marxista, y que los subalternistas la discuten en forma explícita -pero dentro del marxismo. En verdad, ésta resultaba inadecuada para explicar la condición subalterna en la sociedad surasiática (I. Rodríguez, 2001b), tanto como lo era para dar cuenta de las diversas realidades latinoamericanas y las experiencias de lucha armada y dictaduras entre las décadas del sesenta y ochenta (I. Rodríguez, 2001a). La incomodidad frente a esta noción no es, por supuesto, nueva ni privativa de los estudios latinoamericanos ni del Latin American Subaltern Studies Group. De hecho, ya ha sido actualizada, con inteligencia crítica, por Stuart Hall (1984), en el sentido de pluralizar su concepción y remitir al concepto gramsciano de bloque histórico, o E.P. Thompson, en especial en *Costumbres en común* (1995). Sin embargo, en ninguno de estos casos la discusión, ampliación o debate de la noción de clase significa clausurar el filón marxista sino, por el contrario, profundizarlo.
- 9 Véase Mignolo, 1995, 1998, 2000.
- 10 El Grupo surge en la década de los noventa, en el seno de la academia norteamericana y en el marco de un encuentro lasa (Latin American Studies Association): en el contexto del fracaso de la izquierda latinoamericana a la salida de las dictaduras y en particular del fin de la experiencia sandinista. El LASSG tiene su génesis en lo que definían como un agotamiento de los Estudios Culturales en la academia norteamericana, debido a un alto nivel de institucionalización y a la pérdida de fuerza cuestionadora en un creciente neopopulismo conservador (diagnóstico que desplegaron en Alabarces, 2002). Lo componen Ileana Rodríguez, John Beverley, José Rabasa, Robert Carr, Javier Sanjinés, Walter D. Mignolo, María Milagros López, Michael Clark, Alberto Moreiras, Gareth Williams, John Kraniuskas, Josefina Saldaña, Abdul Mustafá, Sarah Castro-Klaren y Fernando Coronil (I. Rodríguez, 2001b y Mallon, 2001). Se despliega en diversas reuniones, siempre en espacios de la academia norteamericana (George Mason, Ohio State, Puerto Rico, William and Mary y Duke), a lo largo de unos ocho años, y se disuelve en el año 2000. El relato de Gareth Williams sobre las peripecias finales del Grupo es indispensable (Williams, 2008). Varios de sus miembros, en particular Beverley y Rodríguez, habían tenido una activa participación en la experiencia gubernativa sandinista.
- 11 Como hemos desarrollado en otro lugar (Alabarces, 2015), los contextos políticos eran determinantes: si las búsquedas sobre lo popular se explicaban en las transiciones democráticas de los 80, tanto el fracaso sandinista como el éxito neoliberal en los 90 reorientaba todas las miradas.
- 12 Véase, al respecto, los volúmenes editados por Ileana Rodríguez, *The Latin American Subaltern Reader* (2001b); *Convergencia de*

tiempos (2001a); así como el número especial de Revista Iberoamericana (2000) y el ya citado libro de Beverley, 2004.

<sup>13</sup> Los principales críticos a estas concepciones han sido Nelly Richard (1996), Hugo Achúgar (1998) y Mabel Moraña (1998 y 2001). Entendemos que esta polémica pone en el tapete tanto diferencias teóricas como tensiones en el interior del campo intelectual, en un enfrentamiento que tiene bases (más o menos explícitas) en la historia latinoamericana reciente, y se cristaliza en la oposición escribir sobre o desde América Latina.

<sup>14</sup> Nuevamente, es Beverley quien despliega esa afirmación: “Estamos hoy confrontados, en algunos sentidos paradójicamente, con el éxito de una serie de iniciativas políticas en América Latina que, hablando ampliamente, se corresponden con las preocupaciones de los estudios subalternos. En una situación en la que, como es el caso de varios gobiernos de la marea rosada, los movimientos sociales de los sectores populares-subalternos han ‘devenido el estado’, para usar una frase de Ernesto Laclau, o están convidados a hacerlo, se ha vuelto necesaria una nueva manera de pensar la relación entre el estado y la sociedad” (ibídem).

<sup>15</sup> La afirmación anterior no implica una suerte de “clausura de la etnografía”; en cambio, pretende recuperar algunos fragmentos de un debate que la antropología llamada posmoderna ha entablado en los últimos veinte años acerca de sus límites epistémicos y metodológicos, y recordar la necesidad de la vigilancia constante y reflexiva sobre su trabajo, para escapar al gesto populista que enfatiza una positividad imposible.

<sup>16</sup> Véase, por ejemplo, “Can the Subaltern Speak?” (1988), o *In Other Worlds* (1988). De hecho, en este primer artículo, Spivak se cuida de aclarar sus usos de la teoría derrideana tanto como

su distancia: “He tratado de utilizar la deconstrucción derrideana pero también he intentado ir más allá de ella, ya que no la considero particularmente feminista. Sin embargo, en el contexto de la problemática desplegada [hasta aquí], encuentro la morfología [derrideana] mucho más útil y exhaustiva que la propuesta urgente de Foucault y Deleuze de involucrarse con temas o asuntos más ‘políticos’. (Remito aquí al llamado deleuziano a ‘devenir mujer’, lo cual vuelve su influencia más peligrosa para los académicos norteamericanos.) Por su parte, Derrida presenta una crítica radical, acompañada de la atención al peligro de apropiarse del otro por asimilación. Es capaz de leer la catacresis en su origen mismo. Hace un llamado a la reescritura de un impulso utópico estructural, concibiéndolo como una rendición gozosa ante esa voz interior que es la voz del otro en cada uno de nosotros” (Spivak 1988a: 308; la traducción es nuestra). Recordamos que la catacresis designa una figura retórica que consiste en designar una cosa, careciendo de nombre, usando el nombre de otra. La catacresis funciona como una sinécdoque, una metonimia o una metáfora.

<sup>17</sup> Nos referimos, en especial, a la compleja articulación filosófica entre palabra hablada y escritura en Occidente que, para Derrida, supone una preeminencia de la primera sobre la segunda, desde Platón hasta Ferdinand de Saussure (Derrida, 1989), y que no se verifica de ese modo en la historia del continente.

<sup>18</sup> Achúgar (1998) sostiene que la lectura poscolonial confunde lo latinoamericano con lo latino-estadounidense y, en ese camino, pierde su especificidad. Nelly Richard (1996 y 1998) aboga por el uso de la noción de “lo subalterno” en su vertiente gramsciana más que poscolonial, y por tanto, subraya cierta asociación entre lo subalterno y lo popular.

**Recibido: 02/11/2015**

**Aceptado: 18/01/2016**

**Cómo citar este artículo:**

Alabarces, Pablo y Valeria Añón. “Subalternidad, pos-decolonialidad y cultura popular: nuevas navegaciones en tiempos nacional-populares”, *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, núm. 37, octubre-abril, pp. 13-22a, en <<http://version.xoc.uam.mx/>>.